

peligrosas y hay circunstancias tan críticas, que apenas las pueden sostener y resistir los mas fuertes y los mas valerosos. Vos solo, ¡oh Dios mio! vos solo con vuestra gracia y vuestra providencia, podéis alejar de nosotros esta suerte de tentaciones: no permitáis que seamos expuestos á ellas.... Hay tentaciones inevitables, y que vuestra providencia permite que las encontremos: sean estas de la naturaleza que se fuesen ¡ah! no nos abandonéis en ellas, no permitáis que entren en nuestra alma escuchándolas y cediendo. Haced, Señor, que luego que las notemos, nos retiramos, que nos defendamos, que peleemos, que resistamos y las desechemos.... Haced tambien que la tentación vencida así con vuestra gracia, redunda en ventaja nuestra y aumento nuestro mérito, vuestra confianza y nuestra humildad.... Haciéndonos, ¡oh Dios mio! esta petición, os prometemos huir nosotros mismos la tentación, examinar las ocasiones, los lugares y las personas que puedan ser para nosotros de ocasión, y que ya acaso lo han sido para nuestra ruina; prometemos huirlas absolutamente y con todas nuestras fuerzas.... Os prometemos no provocar ni traer á alguno á la tentación, ni ser á otro motivo de caídas, ocasión de escándalo, ni hacer, ni decir, ni escribir, ni atender cosa que pueda perjudicar á la salvación ó á la perfección de otros.

Séptima petición. *Mas libranos de mal.* Del mal temporal. No nos enviéis aflicciones ó calamidades que sean para nosotros ocasión de pecar ó que puedan producir en nuestro espíritu olvido ó negligencia para cumplir nuestras obligaciones. No nos reduzcáis á una extrema pobreza que nos provoque á quejas, que nos precipite en una desesperación ó que altere nuestra fe.—Libradnos de los castigos temporales que merecemos por el abuso de vuestros beneficios; libradnos sobre todo de los castigos espirituales, del mal del pecado, del mal del infierno; libradnos del espíritu maligno, del demonio y del hombre escandaloso y engañador, que hace el oficio del demonio; libradnos de la tiranía de vuestras propias pasiones y hacéndonos dignos de entrar en aquel feliz estado de libertad y de paz destinado á vuestros hijos; estado dichoso en que ya no habrá vicios, no habrá pecados, ningún escándalo, ninguna caída; en que la virtud será pura, la piedad dominante, la santidad perfecta y la felicidad segura.—Queda una dificultad que suele nacer sobre la petición quinta del Padre nuestro. He pecado, dice alguno; pero me habrá ya perdonado Dios? ¡Cruel incertidumbre! Escuchemos á nuestro divino Salvador y admiremos su bondad; él mismo nos encarga que callemos nuestras inquietudes y nos anima....

“Porque si (prosigue) perdonais á los hombres sus pecados, vuestro Padre celestial os perdonará igualmente vuestros pecados; pero si vosotros no perdonais á los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados....” ¿Cómo,

pues, podemos nosotros no perdonar? Y perdonando ¿cómo podremos no esperar?

PETICION Y COLOQUIO.

¡Ah! no me presentaré ya jamás, ¡oh Señor! á la oración con un corazón exasperado. Para que vos deis oídos á vuestra infinita bondad, yo mismo cumpliré con mi deber. Caritativo y compasivo para con mis hermanos, experimentaré que vos sois un Padre lleno de bondad y de misericordia: vos me hacéis en cierta manera árbitro de mi suerte y queréis recibir de mí la medida de vuestra indulgencia. Yo me mostraré fácil á ceder á las injurias que me hicieren mis hermanos, injurias ligeras en comparación de aquellas que yo he cometido contra vos.... Con esta disposición, ¡oh Padre celestial! haré frecuentemente la oración que me enseñó vuestro divino Hijo. Cada día y sin cesar pediré con fe, con amor y con atención la santificación de vuestro nombre, la venida de vuestro reino, el cumplimiento perfecto de vuestra santa voluntad, los bienes que necesito para el cuerpo y para el alma, el perdón de mis pecados, la gracia para no cometerlos ya jamás, y que me libreis de la mala inclinación que me lleva á ellos, y de todas mis miserias mediante una santa muerte y una gloriosa resurrección. Amen.

MEDITACION LVII.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL MONTE.

San Mat., c. VI, v. 19, 34.

DEL DESPEGO DE LOS BIENES DE LA TIERRA, Y DEL CUIDADO DE ENRIQUECERSE DE LOS BIENES DEL CIELO.

Consideremos lo primero, la diferencia que se halla entre los bienes de la tierra y los del cielo; lo segundo, cuál es el engaño ordinario sobre este punto; lo tercero, el pretexto de que algunos se sirven para excusar este engaño.

PUNTO I.

LA DIFERENCIA QUE SE HALLA ENTRE LOS BIENES DE LA TIERRA Y LOS DEL CIELO.

La diferencia de estos bienes se halla en su misma naturaleza, en su adquisición, en su conservación, en su posesión y en el gozar de ellos.

Primero. *En su naturaleza.*—“No queráis acumular tesoros sobre la tierra, donde el orin y la polilla los consumen, y donde los ladrones los

desentieran y los roban; procurad acumular tesoros en el cielo, donde el orin y los gusanos no los consumen y donde los ladrones no los desentieran ni los roban....” Los tesoros de la tierra consisten en oro, plata, en piedras preciosas, en ricas ropas, en hábitos pomposos, en magníficos ornamentos y muebles, en tierras, en casas, en espléndidas habitaciones y en vastas posesiones.—Ahora, pues, ¿qué cosa es todo esto? Tierra y lodo. ¿Qué cosa son todos los otros bienes de la tierra, la gloria, la reputación, los honores, los placeres? Viento, humo, nada y origen de corrupción.... Los tesoros del cielo consisten en actos de virtud, de mortificación, de templanza, de paciencia, de caridad, de sumisión á la ley, de resignación en la voluntad de Dios, en obras de misericordia, en limosnas, en oraciones: estos son los verdaderos bienes del hombre, dignos de ser colocados en el cielo. ¿Qué bienes son los que nosotros tenemos en mira?

Segundo. *Estos bienes se diferencian entre sí, en su adquisición y en su aumento.*—Los bienes de la tierra son difíciles de adquirir: se necesita negociar, se requieren talentos, buenas ocasiones, y muchas veces nos faltan todas estas cosas; no se pueden adquirir sin privar á otro de ellos, y muchas veces otros los adquieren y nos privan á nosotros.—Los bienes del cielo están á nuestra disposición; para adquirirlos, basta querer: la gracia se obtiene con la oración; en todos los instantes de la vida se nos presentan por sí mismas las ocasiones de practicar la virtud. La atención á enriquecernos de estos bienes, no perjudica á ninguno y ninguno se puede lamentar de que lo perjudicamos. Los bienes del cielo y de la tierra se diferencian en su aumento: el corazón es igualmente insaciable, ó sea que se deje llevar del amor de los bienes celestiales, ó del amor de los bienes de la tierra: incessantemente desea aumentarlos en lo que hace que consista su felicidad: el que desea solo los bienes del cielo, tiene la consolación de poder aumentarlos todos los días y todos los instantes del día: un suspiro, un deseo, un simple pensamiento aumenta su tesoro; sano, enfermo, velando, durmiendo, nada puede impedir el enriquecerse siempre mas: cualquiera cosa que haga ó sufra, si obra y sufre por Dios, todo se le reputa por mérito. Somos, pues, insensatos en buscar otros bienes y no los del cielo.

Tercero. *Estos bienes se diferencian en su conservación.*—¡Oh! ¡á qué desgracias y á qué accidentes están expuestos los bienes de la tierra! El orin los consume, los gusanos los roen, la vejez los destruye, los ladrones los roban, los incendios los devoran, los naufragios se los tragan, los pleitos los agotan, y otros mil accidentes aniquilan cada día las mas luminosas fortunas. No son mas sólidos los otros bienes: la gloria se deslustra con la calumnia de la envidia y de la cábala, los placeres se turban con la censura, con los celos y

con la infidelidad, ó se desconciertan con la pobreza ó con la enfermedad: caen por sí mismas las grandezas, el peso solo de su propia vanidad basta para abatirlas, y cuando no bastase esto, lo que han levantado unas pasiones, otras lo destruyen: y por lo menos ¿cuántas inquietudes no traen consigo el temor de todos estos peligros y el cuidado de evitarlos?... El que tiene su tesoro en el cielo, está libre de estos cuidados, seguro de todo accidente; nada mas tiene que temer que á sí mismo.

Cuarto. *Estos bienes se diferencian en su posesión.* La posesión de los bienes de la tierra debilita el corazón. El corazón participa de la naturaleza de los bienes que ama. “Porque en donde está tu tesoro allí está tambien tu corazón....” ¿Qué cosa es un corazón que pone su felicidad en los bienes de la tierra? Un corazón servil, material, bajo, terrenal, vil, despreciable, que solo se alimenta de quimeras y de ligereza, ¿fue acaso criado para esto?... Al contrario, un corazón que trabaje solo por Dios y que tiene su tesoro en el cielo, es un corazón noble, generoso, elevado, sublime, celestial y divino.... ¿Queremos, pues, saber dónde está nuestro tesoro? Examinemos dónde está nuestro corazón, examinemos hácia qué objetos se deja llevar por sí mismo y como naturalmente; de qué objetos se ocupa con mas gusto y mas tiempo; si son del cielo ó de la tierra.... La posesión de los bienes de la tierra ciega el espíritu y la razon: “la antorchita de tu cuerpo es tu ojo; si tu ojo fuera sencillo, todo tu cuerpo será luminoso; pero si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso....” Pues si la luz que hay en ti son tinieblas ¿cuán grandes serán las mismas tinieblas?...” Esto es, vuestro espíritu, vuestro juicio, vuestra razon son para vuestra alma lo que vuestra alma es para vuestro cuerpo. Si tenéis los ojos sanos, puros y no viciados por algun cuerpo extraño, todo vuestro cuerpo será iluminado. Vos sabéis como estais, donde poneis el pié, donde metéis la mano, lo que debéis hacer y lo que debéis evitar y huir; en una palabra, vos estais y vos trabajais en la luz y vivís seguros. Tal es la suerte de aquel que trabaja por el cielo. Este experimenta que se halla y camina en la luz; que ha tomado el buen partido, que no esta fuera del camino; ve las cosas como son en sí y las estima por lo que valen.... Pero si vuestro ojo está viciado, si no es simple, si está, por decirlo así, cubierto de una espesa nube, ¿cómo discernirá los objetos? ¡Ay de mí! ¿cuál es la ceguedad de quien ama solo los bienes de la tierra! ¿cómo ve este los objetos á que da la preferencia? Gusta solo, solo estima los bienes de la tierra; duda si habrá otros, si habrá otra vida, un paraíso, una gloria y un infierno, y se persuade aun algunas veces que no los hay. Pues si su razon, que le ha dado para regularlo y dirigirlo, está oscurcida con estas especies de tinieblas, ¿qué será de las demás po-



tencias del alma que por sí mismas están ciegas y no tienen luz ni pueden gobernarse de otro modo que por la de la razón?... ¿En qué abismo de pecados no lo precipitan la concejencia, la inclinación al mal y todas las pasiones y afectos desreglados de su corazón? En vano hace ostentación de una pretendida bondad, una razón ciega de las pasiones no reconoce otra bondad, que el arte de esconder sus delitos. ¡Oh! y cuán importante es el purificar continuamente el ojo de nuestra alma, el fortificarlo con la luz de la religión y de la fe y no dejarlo oscurecer de las máximas del mundo, de las sugestiones del demonio y de los engaños de las pasiones....!

Quinto. *También se diferencian estos bienes en el gozar de ellos.* Los bienes de la tierra se gozan solo pendiente la vida: poco importa que se gocen toda la vida, que se gocen plenamente, tranquilamente y en una manera capaz de hacer que el hombre esté verdaderamente contento.... Gozo imperfecto, inquieto y brevisimo. La muerte lo acabará todo, nos acabará á nosotros y todas las cosas.... Al contrario, el gozo que acompaña los bienes celestiales será perfecto, eterno y seguro de su eternidad.... ¡Qué miseria! ¡Qué infelicidad es apegarse á los bienes de la tierra, á unos bienes transitorios, mientras que podemos adquirir el cielo y una eterna felicidad....

## PUNTO II.

### DE UN ENGAÑO ORDINARIO SOBRE ESTE ARTICULO.

Este engaño consiste en querer hacernos á un mismo tiempo un tesoro sobre la tierra y un tesoro en el cielo. Servir á Dios y al mundo, ser felices en este mundo y en el otro; gozar durante la vida, de los bienes de este mundo y en la vida futura de los del otro mundo; en una palabra, servir á dos señores opuestos, lo que absolutamente no se puede hacer de modo alguno, "ninguno puede servir á dos señores, porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó al uno sufrirá y al otro despreciará.... No puede servir á Dios y á las riquezas...." Esto es imposible, porque cada uno de estos señores pide de nosotros cosas que nosotros no podemos dividir entre los dos.

Lo primero. *Nuestro amor.* Nosotros tenemos un amor solo, y este no puede ser de dos objetos al mismo tiempo, y principalmente de dos objetos tan diferentes como son Criador y criatura, el cielo y la tierra; la vida presente y la vida futura, la virtud y el vicio; la caridad y la codicia; no se puede amar el uno sin aborrecer el otro. Lo sabemos por nuestra propia experiencia.

Lo segundo. *Nuestra estimación y aprecio.*

Tampoco podemos dividir entre estos dos señores nuestra estimación y aprecio, ó darla á los dos al mismo tiempo; quien mira como felices aquellos que viven entre la abundancia, en el lujo, en los honores y en los placeres, que caso podrá hacer de la pobreza voluntaria, de una vida humilde, escondida y mortificada? La mira con desprecio y le parece una verdadera necesidad.

Lo tercero. *Nuestra obediencia y nuestros servicios.* Es aun mas sensible y perceptible la imposibilidad de dividir nuestros servicios y nuestra obediencia entre estos dos señores, porque las leyes que nos dan son enteramente opuestas: el avaro no conoce la ley de la justicia; pues cómo obedecerá á la ley de la caridad y de la limosna? El ambicioso no conoce la ley de la modestia; pues cómo obedecerá á la ley de la humildad? El voluptuoso no conoce la ley de la moderación y de la conveniencia; pues cómo obedecerá á la ley de la mortificación y de la penitencia?

Lo cuarto. *Nuestra complacencia y nuestro gusto.* No se pueden gustar las cosas del cielo y al mismo tiempo las de la tierra, complacerse en Dios y agrandar al mundo. Nos lamentaremos tal vez de no sentir gusto en nuestros ejercicios de piedad, de no encontrar aquella dulzura en la práctica de la devoción; pero no nos debemos maravillar; esto procede de querer servir á dos señores, dividir entre ellos nuestros servicios y seguir alternando sus leyes. Desagafémonos, renunciemos al mundo, á la tierra, á nuestras pasiones, á nosotros mismos, para uniros únicamente á Dios; entonces gustaremos todo aquello que le pertenece á él y á su servicio.

Lo quinto. *Nuestras atenciones y nuestros pensamientos.*—De la misma fuente nace aquella multitud de pensamientos que nos crean y nos importunan en la oración. Nos lamentamos de nuestras distracciones. ¡Ah! lamentémonos antes de nuestra ilusión. Queremos servir á dos señores, que es cosa imposible; si sirviéramos á uno solo, si á Dios solo quisiéramos agrandar, si en él solo reuniéramos todo nuestro amor, nuestro aprecio, nuestros servicios y nuestro gusto, nuestras complacencias, nuestras atenciones y nuestros pensamientos, en él solo encontraríamos nuestra felicidad por el tiempo y por la eternidad.

## PUNTO III.

### DE UN PRETEXTO DE QUE ALGUNOS SE SIRVEN EN ESTA MATERIA.

El temor de quedar desprovistos de los bienes de la tierra, es el pretexto ordinario para excusar el cuidado excesivo de procurarnoslos; pero este nace de nuestra depravación.

Lo primero. *De un corazón ingrato que olvi-*

*dad los beneficios ya recibidos, no ve que ellos mismos son una prenda de aquellos que debemos esperar.* "Por tanto os digo (añade Jesucristo): no os afaneis por aquello con que habeis de sustentar la vida, ni por aquello con que habeis de vestir al cuerpo; no vale mas la vida que el alimento; y el cuerpo no vale mas que el vestido'...." Dios nos ha dado el alma y el cuerpo; el cuerpo ha unido nuestra alma, y en esto consiste nuestra vida presente. ¿Cómo podemos temer después de esto que quiera que nos falte el alimento para sustentar nuestra vida y el vestido para cubrir nuestro cuerpo?

Lo segundo. *Este pretexto nace de un corazón distraído que no reflexiona sobre los milagros de la Providencia que el mundo ofrece á nuestros ojos.* "Mirad (prosigue el Señor) las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni llenan sus graneros, y nuestro Padre celestial las alimenta: por ventura ¿no sois vosotros mucho mas que ellas: ¿y por qué os angustiáis por el vestido?... Considerad cómo crecen los lirios del campo; no bajan ni hilan; y yo os digo, que ni Salomon con toda su esplendor se vistió jamás como uno de estos.... Pues si al heno del campo, que hoy es y mañana viene á parar en un horno, viste Dios así, ¿cuánto mas á vosotros, gente de poca fe? ¿No queráis ser demasiado solicitos diciendo qué comeremos, ó qué beberemos, ó de qué cosa vestiremos...." Mirad con qué cuidado tan particular alimenta Dios las avecillas que vuelan por el aire; mirad con qué magnificencia, con qué variedad y hermosura ha sabido vestir las flores que cubren la tierra y que no deben durar mas que un día; y con todo eso, ni ha dado á aquellos la fuerza para sembrar ni para recoger, ni á estas la industria para urdir ni para hilar; ¿y pensáis vosotros que os olvidará Dios, que no solamente es vuestro Criador, sino tambien vuestro Padre? ¿vosotros por quien ha hecho todo aquello que hay en el cielo y en la tierra? ¿vosotros á quien ha dotado de razon, de industria y de talento? ¿vosotros para quien ha destinado una vida inmortal y bienaventurada? ¡Ah! ¿dónde está vuestra fe?

Lo tercero. *Este pretexto viene de un corazón pagano que no confia en Dios, y nada espera.* "Porque tales son los cuidados de los gentiles.... Vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad...." ¿Creéis vosotros que el Dios que adoramos es como el Dios de los paganos, un Dios ciego, impotente, insensible? ¡Ah! él es Padre, y Padre mas que otro alguno, ¿y no tendremos jamás con él sentimientos de confianza propios de hijos: ¿es por ventura un vano titulo aquel dulce nombre de Padre que todos los dias le damos?

Lo cuarto. *Este pretexto viene de un corazón orgulloso que confia en si mismo, y que no hace otra cosa que atarmentarse inútilmente.* "Pero quién hay entre vosotros que con todo su pensar

pueda añadir á su estatura un codo?... En efecto, ¿dónde van á parar todas nuestras inquietudes? ¿tenemos por ventura algun poder sobre la naturaleza? ¿de qué sirven todas esas reflexiones, todos esos discursos sobre las estatuas, sobre los vientos y sobre las lluvias? Discursos superfluos que solo sirven de hacer ver nuestro apego á los bienes de la tierra. ¡Ah! reconozcamos nuestra impotencia y el soberano poder de quien ha criado y gobierna el mundo, y pongamos en él toda nuestra confianza. El tiempo que perdemos en reflexiones quiméricas, sería mucho mejor emplearlo en la oración, y en pensar en nuestra santificación.

Lo quinto. *Este pretexto viene de un corazón irracional que busca aquello que no depende de sus diligencias, y no busca lo que depende de ellas.* Buscad, pues, en primer lugar, el reino de Dios y su justicia, y se os añadirán todas estas cosas: no andéis cuidadosos por el día de mañana, porque el día de mañana á sí mismo se traerá su cuidado; bástale al día su propio afán.... Pensemos únicamente en santificarnos, trabajemos por merecer el reino de Dios que se nos ha prometido, practiquemos las obras de justicia, enriquezamosnos de los bienes del cielo, y no nos faltarán los de la tierra. Ninguno feé arruinado jamás por el pensamiento de trabajar por su propia salvacion, y por hacer todas las obras buenas que le son posibles. Lo que arruina muchas veces, es la envidia, la codicia y el desco de ganar mucho, el lujo, el juego, el ocio y la disolucion. Hagamos cada día lo que debemos hacer y lo que de nosotros depende sin inquietarnos por lo que vendrá. A cada día le basta su afán, su atencion y su trabajo. No se nos prohibe por esto una providencia sabia y moderada; lo que se prohibe es una inquietud inútil que nos distraiga de nuestras presentes obligaciones, y que llegue hasta perturbar nuestra alma y á que no nos contentemos en unos justos límites. El que no prohibe la demasiada solicitud, nos manda que trabajemos.

### PETICION Y COLOQUIO.

¡Ah! Señor, ¿podré yo aun tener tanto cuidado, tanta solicitud y tanta actividad por las necesidades de la vida y por los bienes frivolos y falsos de la tierra? No, todas mis miras, todos mis pensamientos en adelante se convertirán hácia el cielo, hácia aquellas verdaderas riquezas, cuya posesion debe ser eterna y llenar para siempre mis deseos. El cielo; allí estará mi tesoro, y por consiguiente mi corazón. Por medio de buenas obras, puras y santas, me enriqueceré para mi verdadera y eterna patria. Dos señores incompatibles no dominarán ya jamás en mi corazón; no estaré ya mas tiempo indeciso y suspeso, ¡Dios mio! no hay imperio mas dulce, mas justo y mas racional que el de vuestro amor; no



hay imperio mas injusto, mas cruel, mas ciego que el del amor de las riquezas del mundo y de mi mismo. Esté lejos de mi aquel amor de la vida, y de todo aquello que ella pide; me mantendré sin inquietudes con solo lo necesario. Si me abandono á vuestra providencia, ¿podrá ella abandonarme? Después de un trabajo y de un cuidado razonable, reposaré tranquilo, en orden á mis necesidades, sobre vuestro corazon paterno. Soy vuestro hijo, hijo que habeis formado á vuestra imagen, y destinado á una eterna felicidad. Si, vos sois mi Padre y sabeis mis necesidades, y así no me podrá faltar cosa alguna, á no ser que me haga indigno de vuestros cuidados con mi desconfianza. No pensaré en otra cosa que en merecer el cielo y en adquirir las virtudes que me puedan asegurar su posesion. Amen.

### MEDITACION LXIII.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL MONTE.

San Mat., c. VII, v. 1, 14.

TRES COSAS QUE SE REQUIEREN ESENCIALMENTE PARA LA SALUD.

Estas son: primero, respecto del prójimo, la caridad; segundo, respecto de Dios, la oracion; tercero, respecto de nosotros mismos, la mortificacion.

#### PUNTO I.

RESPECTO DEL PRÓJIMO, LA CARIDAD.

Lo primero. *Guardémonos de perjudicar al prójimo, y de ofenderlo con pensamientos juzgando mal de él.* "No queráis juzgar para que no seáis juzgados; porque segun vuestro juzgar seréis vosotros juzgados, y con la medida que midieris seréis medidos vosotros. ¿Y por qué ves la paja en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en tu ojo?...?" No juzguemos ni condenemos las acciones y las palabras de nuestros hermanos, si no queremos ser juzgados nosotros y condenados. Interpretemos y echemos á buena parte aquello que pueda ser así interpretado. No condenemos lo que podamos excusar, ni examinemos la conducta del prójimo que no está á nuestro cuidado; no penetremos sus intenciones, supongamos siempre que son buenas, excusemos sus de fechos y pensemos en nosotros. Esta es la razon de esta obligacion. El juicio de nuestra parte es incompetente, porque no hemos sido oñstituidos jueces de los otros; de parte del prójimo nuestro juicio es siempre injusto, porque su

causa nos es desconocida, y no podemos saber lo que él tiene en el corazon; de parte de Dios nuestro juicio es injurioso, porque juzgando usurpamos sus derechos.... Juicio que tambien tiene una especie de rebelion, porque siendo nosotros culpables, nos metemos á jueces y emprendimos el juzgar á aquellos que dependen como nosotros, de un mismo tribunal, y que por lo comun son menos culpados que nosotros.... La recompensa ó el castigo del cumplimiento ó quebrantamiento de esta obligacion, es este: si nosotros no juzgamos ni condenamos á nuestro prójimo, si lo excusamos en todas las cosas, tampoco nosotros seremos juzgados ni condenados, seremos excusados y tratados con indulgencia. Al contrario, si condenamos con rigor y severidad á nuestro prójimo, seremos tratados de la misma manera. Está en nuestra libertad escoger la manera con que queremos ser tratados por Dios, porque él medirá su conducta con la nuestra. Si somos jueces favorables para con los otros, lo encontraremos lleno de indulgencia para con nosotros; si somos criticos severos y censores sin piedad, esperemos un juicio sin misericordia. Esta obligacion que mira á las personas privadas entre sí, no quita derecho alguno á aquellos que por su oficio ó por su estado están encargados de juzgar á otros. La Iglesia y los magistrados tienen este derecho en una manera diferente, y cada uno debe conformarse con el juicio de aquellos que sentencian con autoridad.

Lo segundo. *Guardémonos de dañar y molestar al prójimo con nuestras palabras, reprendiéndole sus defectos.*—"¿O cómo diceis á tu hermano, deja, lo sacaré la paja de tu ojo, y se está viendo una viga en el tuyo? Hipócrita, sácate tú primero la viga de tu ojo y entonces verás para sacar la paja del ojo de tu hermano...." No nos propasemos á reprender á otros sin autoridad; mucho menos á condenarlos, censurarlos ó criticarlos en su ausencia; el celo, que es el ordinario pretexto de una semejante censura, es un celo hipócrita, porque esconde la malignidad de un corazon depravado, porque se deleita en hacerlo comun, porque esconde un orgullo secreto, el cual se complace de ver al otro humillado, y él se ensalza á medida que oprime al prójimo y que quiere hacer creer que él está tan libre de defectos cuanto es mas ardiente y atrevido en reprender los ajenos, y porque esconde una ceguera deplorable, por la que vemos un hilo de paja en el ojo del prójimo, mientras no advertimos que tenemos una viga en el nuestro. ¡Hipócritas! si tenemos celo, comencemos á sacar la viga que nos ciega, después veremos cómo se ha de sacar la paja que nos desagrada en el ojo del prójimo.... Sea este, pues, nuestra regla cuando nuestro empleo ó la caridad nos obliga á reprender á otro; antes de reprenderlo, echemos la vista sobre nosotros mismos y no se nos hará difícil el reprenderlo con dulzura y con caridad.

Lo segundo. *Guardémonos de dañar al prójimo con nuestras acciones, haciendo cosas que lo pongan en ocasion de ofender á Dios.* Jamás hagamos cosa que pueda ser á otros ocasion de hacer mal ó de hacerse peores de lo que son.... "No queráis dar las cosas santas á los perros, y no arrojéis vuestras perlas á los puerco, no sea que las pisen con sus piés, y vueltos hacia vosotros os hagan pedazos...." Toca á la prudencia regulada por la luz divina, distinguir los juicios malignos y temerarios de los pensamientos y sentimientos del celo y de la obligacion que pide el Señor; discernir aquellos que conviene apartar de los sagrados misterios, y conocer las ocasiones en que es necesario callar para no irritar los pecadores, y aquellas en que es necesario hablar aun con peligro de la propia vida.... Nosotros entre tanto, no imitemos aquellos furiosos animales inmundos, suframos con humildad los saludables desvíos que se nos hacen, escuchemos con docilidad los avisos caritativos que se nos dan, y aprovechemos de las preciosas instrucciones que se nos hagan.

#### PUNTO II.

RESPECTO Á DIOS LA ORACION. EXAMINEMOS EL OBJETO, EL MOTIVO Y LA CONDISION DE ESTA OBLIGACION.

Segundo. *El objeto de la oracion.* "Pedid y se os dará; buscad y encontrareis; llamad y se os abrirá...." La obligacion de orar consiste en pedir á Dios su gracia. Debemos pedirla con ardor, porque tenemos una grandísima necesidad; con humildad, porque somos indignos y Dios no está obligado á darnosla; con perseverancia, porque es un bien precioso y merece ser constantemente solicitado, y porque muchas veces hemos abusado de ella desechándola cuando se nos ofrecia. Esta obligacion de orar consiste en buscar el reino de Dios; esto es, pidiéndole á Dios la gracia, debemos de nuestra parte, con la gracia que él nos da, hacer cuanto depende de nosotros; buscar los medios de agradarle, de santificarnos y salvarnos.... Busquemos este reino de Dios en la meditacion, en la leccion de los libros devotos, en la práctica de las buenas obras, en la frecuencia de sacramentos; busquémoslo en la iglesia, en el retiro, en la compañía de las personas devotas y piadosas. Pero ¡ah!.... ¿dónde buscamos nosotros y qué buscamos? buscamos el distraernos y el contentarnos, y no el santificarnos. El hombre está en una continua agitacion, se ve que busca; ¿pero qué es lo que halla? ¿Cuántos pensamientos, cuántos movimientos por la fortuna, por los placeres, por la gloria! ¿Y por qué no se busca así la salud? Nos lamentamos de

nuestras pasiones, de nuestros malos hábitos, que decimos no podemos vencer; ¿pero buscamos los medios de vencerlos? Antes bien, ¡ay! se busca todo aquello que puede fomentarlos é inflamarlos.... Finalmente, la obligacion de la oracion consiste en llamar á la puerta, esto es, en solicitar constantemente que se nos abra para entrar á lo comunicacion con Dios, para podernos entretener con él en una manera la mas intima y con una especie de familiaridad.... Este Dios de bondad nos llamó á un tan alto grado de honor y se ofrece á admitirnos á su confianza, si nosotras tenemos á bien el desearla. Parémonos, pues, como los cortesanos en esta puerta misteriosa de que habla Jesucristo; parémonos sobre todo en la oracion y en la comunion con un profundo recogimiento, esperando el feliz momento en que se nos abra.... Llamemos con respeto, por medio de ardientes deseos, de gemidos llenos de amor; perseveremos con constancia, guardémonos atentamente de alejarnos y de distraernos, aunque poco, por el temor de perder el momento favorable. Finalmente, abierta ya la puerta, entremos con confianza, gocemos de los favores de nuestro Dios, gustemos con reconocimiento las dulzuras de sus palabras, y no salgamos, á no ser que sea con nuevo deseo de volver bien presto y de llamar de nuevo. Sean como se fuesen las luces que el Señor nos comunique, y sea el que se fuese el grado de confianza á que nos admita, siempre hemos de ir adquiriendo mas y adelantándonos por consiguiente, siempre á llamar hasta que se abra la puerta misma del cielo. ¡Ah! si supiéramos de qué bienes inefabiles goza un alma en estas divinas comunicaciones, renunciariamos con gusto al mundo y á nosotros mismos por poderlas participar.

Lo segundo. *El motivo que debe animarnos á cumplir con la obligacion de la oracion, es la certidumbre del éxito.* La certidumbre de obtener cuanto pidamos, de hallar cuanto busquemos y de entrar siempre que llamemos.... "Porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abre...." Esta certidumbre se funda sobre la promesa de Jesucristo, pues suyas son estas palabras. Está fundada sobre la bondad de Dios; siendo Dios el sumo bien, la suma bondad, pide extenderse continuamente y comunicarse: está fundada sobre la calidad de padre, de que Dios se reviste en orden á nosotros: "¿O quién de vosotros es el hombre (dice Jesucristo) que pidiéndole su hijo pan, le dé una piedra? ¿ó si le pidiere un pez, por ventura le dará una serpiente? Pues si vosotros siendo malos sabeis dar cosas buenas que se os han dado á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre que está en los cielos, dará bienes á los que se los pidan?" Dios es un padre mas tierno y mas lleno de amor por sus hijos que cualquiera otro padre que pueda haber sobre la tierra: ¿pues cuándo hemos de tener en el aquella confianza que conviene á unos



hijos? ¿por qué le miramos siempre como un dueño absoluto, como un juez inexorable, como un vengador severo, y no como un padre tierno y benéfico? ¡Ah! nosotros sabemos que somos hijos rebeldes, ingratos, indóceles; pues volámonos hijos obedientes y sumisos, y entonces recurramos á él con confianza: pidamos, busquemos, llamemos, que nosotros encontraremos, se nos dará lo que pidamos y se nos abrirá la puerta. ¡Ah! si fuese así con el mundo, ¿qué diligencias no haríamos? Pero no es así; se pide y nadie da, se busca y nada se encuentra, se llama y todas las puertas se quedan cerradas. ¡Oh engaño! Corremos tras los bienes que se niegan á nuestras diligencias, y huimos de aquellos que se nos presentan; privados de este modo de los unos y de los otros, estimamos mas vivir en la miseria y en el disgusto, que recurrir á aquel que solo puede enriquecernos, glorificarnos y hacernos felices.

Lo tercero. *Cuál es la condición de la oración.* O por mejor decir, de su éxito... "Haced, pues, á los hombres todo aquello que queréis que hagan con vos, porque en esto está toda la ley y los profetas..." Dios se empeña en oír nuestras oraciones, pero con la condición que además de esta segunda obligación de la oración para con Dios, cumplamos también la primera, esto es, la caridad con el prójimo, con nuestros hermanos, con la condición de que el prójimo obtenga de nosotros aquello que nos pida, que encuentre en nosotros el socorro que nos pida, que se le abra la puerta cuando tocara á ella. En una palabra, tratando al prójimo como nosotros mismos queremos ser tratados de los otros hombres y de Dios mismo. Estas dos obligaciones están esencialmente unidas entre sí; todo lo que queremos que hagan con nosotros los hombres, hagámoslo nosotros también por ellos. Esta máxima es breve, pero es el compendio de todas nuestras obligaciones para con el prójimo; comprende todo lo que la ley ha prescrito y han anunciado los profetas sobre esta materia. Examinemos cómo practicamos nosotros esta ley ó en cuántas maneras la quebrantamos cada día... Quiero Dios que sigamos esta máxima, que es el vínculo que entre sí une los hombres con él, esta es la condición que pone á todas las promesas que nos hace. ¡Oh! no la perdamos de vista; la pide en calidad de padre de todos los hombres y jamás nos dispensará.

### PUNTO III.

RESPECTO DE NOSOTROS LA OBLIGACION DE LA MORTIFICACION.

"Entrad por la puerta estrecha; porque es ancha la puerta y espacioso el camino que conduce á la perdición y son muchos los que van por él;

¡Cuán angosta es la puerta y cuán estrecho el camino que lleva á la vida; y cuán pocos son los que la encuentran!..." Tienen los hombres delante de sí y á su elección dos caminos opuestos, uno estrecho y otro espacioso.

Primero. *Cuál es el camino espacioso? ¿Cuál es la puerta cuya entrada es grande?* Este camino y esta puerta es por donde se entra fácilmente sin incomodidad, y aun casi sin advertirlo; por aquí se entra siguiendo las propias inclinaciones, las propias ideas, las propias pasiones. En este camino se anda como se ha entrado, sin incomodidad, sin mirar á dónde se va, sin pensar á lo que se hace. ¡Ah! se piensa, se habla, se obra siempre como se quiere; y como este camino es tan frecuentado, la multitud de los que caminan por él hace que se autoricen y se justifiquen los unos con el ejemplo de los otros, que vivan entre sí seguros sobre los peligros que tal vez se presentan al espíritu; que se animen los unos á los otros; que se exciten y aun que se arastren por adelantarse á grandes pasos en un camino tan gustoso, donde todo rie y está sembrado de flores; pero finalmente, este camino conduce y lleva á la perdición... ¡Oh insensatos!... no llegará jamás esta verdad á herir en vuestros corazones? ¿No servirá jamás de materia á vuestras mas serias reflexiones? ¿A dónde correis? ¿En qué vendrán á parar estos gustos, estos placeres, esta fortuna, esta grandeza? ¿Cuál será el término de una vida toda llena de pecados y delitos?... Será la perdición, el infierno, un suplicio eterno... ¿Qué os servirá entonces haber vivido según vuestras inclinaciones perversas, haber sido feliz algunos días que desaparecerán como un sueño, y el haberos precipitado en una miseria que no tendrá fin?

Lo segundo. *¿Cuál es el camino estrecho? ¿Cuál es la puerta cuya entrada es angosta?*—Es aquella en que para entrar es necesario abajarse, incomodarse, humillar el propio espíritu bajo el yugo de la fe, restringir las propias inclinaciones en los límites de la ley; en este camino no se camina á la buena y con desduido; se requiere atención en cada paso á fin de no salir fuera de él. Las pasiones oprimidas y estrechadas hacen un continuo esfuerzo para restablecerse, y para contenerlas es necesario una vigilancia y una fuerza continua. En este camino el espíritu prueba consolaciones, pero la naturaleza está atormentada. Este camino es frecuentado de pocos, hay muchos que ni aun lo conocen, ni se cuidan de conocerlo, no saben dónde está ni en qué consista. Pocos entran y pocosismos son los que perseveran. Algunos comienzan bien; pero presto, cansados de la violencia, se vuelven á su antigua libertad, ó insensiblemente se van metiendo en el camino ancho y allí perecen... Finalmente, este camino conduce á la vida. ¿Pero qué vida? A la verdadera vida, vida por excelencia; á la vida en cuya comparación la vida

presente es una muerte continua. La vista de esta vida beata y eterna forma los ferrosos, los sostiene en este mismo camino, les hace caminar y perseverar en él con alegría y con gozo... Tantos como se cansan, pierden la constancia y lo abandonan, es porque viven olvidados de esta vida eterna.—¡Ah! ¡y cuán dulce es á la hora de la muerte haber caminado por el camino estrecho! Las penas se habrán pasado, la recompensa jamás se acabará.

Lo tercero. *Hagamos reflexión sobre lo que Jesucristo dice de estos caminos.*—Primero: *no nos deben sorprender las palabras del Señor sobre estos dos caminos:* esto es, sobre el gran número de aquellos que van á la perdición y sobre el corto número de aquellos que llegan á la vida... Esta es una verdad, ¡ay de mí! demasiado palpable y visible, que un gran número entre los hombres busca solo el saciarse en el breve espacio de la vida presente, con desprecio de la ley de Dios y de su Evangelio, y que poquísimos son los que viven habitualmente en gracia.

Segundo... *No nos deben estandarizar las palabras de Jesucristo.*—Dice el pecador: *¿Luego se condenará todo el mundo?* No: hay muchos que nosotros vemos, hay otros muchos que no vemos é ignoramos, que hallan el medio de salvarse, y su salvación justificará la sabiduría de Dios y condenará la necesidad del pecador... Dice mas... *¿Habrá criado Dios tantos hombres para condenarlos?* No; porque él no cesa de iluminarlos, de advertirlos, de estimularlos y de solicitarlos al bien; pero al mismo tiempo condena al infierno á cualquiera que haciéndose gravemente culpado de pecado mortal, muere en ese estado y en su desgracia. Y no importa que sea tan grande el número de los prevaricadores, antes por lo mismo son mas aborrecibles, como por el contrario el pequeño número de los justos los hace mas amables. ¡Ah! sin este pequeño número que detiene el rayo de su ira, exterminaría á todos los pecadores de la tierra.

Tercero... *No deben desanimarnos las palabras de Jesucristo.* Aunque sea pequeño el número de aquellos que se salvan y aunque fuera menor, nosotros podemos ser de este número. Dios nos llama á él; solo está en nosotros el seguir su voz y corresponder á su gracia. Al contrario, cuanto mas pequeño será el número, tanto mas glorioso será estar en él, y la misma dificultad nos debe dar ánimo y esfuerzo. ¡Ya que se aman tanto las distinciones sobre la tierra, puede haber mejor ocasión de distinguirse para la eternidad? ¡Ah! avergoncémonos de confundirnos con esta tropa de hombres perdidos que por encogarse en el pecado se olvidan de Dios. Pongámonos de la parte del pequeño número que tiene valor para consagrarse á la virtud y declararse por Dios en medio de la perversidad del siglo, que ha llegado á ser ya casi general.

Cuarto... *Las palabras de Jesucristo solo de-*

*ben instruirnos y cautelarnos.* Aprendamos de ellas á no regular nuestra conducta sobre la multitud, á distinguir los dos caminos y á escoger con acierto... Si alguno me ofende, luego al punto se levanta en mi corazón el deso de la venganza; si lo séigo, este es el camino ancho; si lo reprimo, lo perdono y olvido la ofensa, esta es la virtud, este es el camino estrecho. Así se puede hablar de otras ocasiones de huir el mal y de practicar el bien. Aprendamos tambien de estas divinas palabras á vivir siempre en la humildad y en la desconfianza de nosotros mismos. Muchos son los que se pierden; puedo yo tambien perderme... No puedo tener seguridad; todo depende de mi fidelidad, de mi constancia y de mi perseverancia; ¿por qué, pues, soy siempre débil, voluble é inconstante?

### PETICION Y COLOQUIO.

Vos solo, ¡oh Salvador mío! sois la misma fortaleza: me llevo á vos y de vos no quiero separarme. ¡Ay de mí! ¡No me abandoneis por un solo momento! ¡No es pierda yo de vista! Dirigid todos mis pasos, regulad todas mis acciones y todos los movimientos de mi corazón: espero con el socorro de vuestra gracia que será del pequeño número que estará unido estrechamente con vos durante la vida y que os alabaré durante la eternidad. Amen.

### MEDITACION LIX.

CONTINUACION DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL MONTE.

San Mat. c. VII, v. 15, 17.

DE TRES SUERTES DE ENGAÑOS EN EL NEGOCIO DE LA SALUD.

Primero, engaños en la doctrina; segundo, engaños en las obras; tercero, engaños en los conocimientos.

### PUNTO I.

ENGAÑOS EN LA DOCTRINA.

Primero. *Jesucristo nos impone la obligación de estar atentos para huir de los falsos profetas.* "Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros con vestidos de ovejas y dentro son lobos rapaces..." El criterio y la malicia de todos los falsos profetas nos obliga á esta atención. Temen de mostrarse tales cuales son, temen descubrir sus designios y exponer francamente sus pensamientos y sus dictámenes; se esconden, se



enmascaran y se cubren con la piel de las ovejas; se venden por hijos de la Iglesia, sumisos á todas sus decisiones; pero no dejan de servirse de equívocos, de mentiras y de algunas palabras engañosas que se dejan caer. Colocan la Iglesia donde mejor les parece y no reconocen otras decisiones que aquellas que no tocan á sus errores. Hacen ostentación de no trabajar sino únicamente por Dios; se venden por enviados de él y prometen conducir la gente á la salud; confirman sus promesas con la autoridad de la vida, se autorizan á sí mismos con la regularidad, con el celo, con la modestia. Su exterior es edificante y compuesto; pero bajo de un hábito tan simple, tan despreciable y tan mortificado, esconden un espíritu de furor; llevan por todas partes la desolación, la división; son lobos rapaces en medio de una grey. Las ovejas deben huirlos; los pastores deben desviar las ovejas de ellos.... Se excusan con decir que ellos no se meten ni se empuñan en disputas de religión; pero esto muestra, ó que no conocen dos cosas bien diferentes, ó que hacen poca cuenta de su salvación y de su religión.... No están todos obligados á entrar en la sustancia de las materias disputadas entre los católicos y los herejes; pero todos están obligados á guardarse y no farse de los falsos profetas, á no seguir una doctrina condenada y reprobada por la Iglesia como falsa y contraria á la fe de Jesucristo.... Esta es un precepto de Jesucristo. Si por falta de esta atención viene alguno á ser engañado, es inexorable.... Decir que no se quiere hacer juicio de alguno, es tomar en contrario sentido la palabras del Señor, y no reflexionar que en el mismo capítulo en que ha prohibido el juzgar, manda estar con atención.

Lo segundo. *Jesucristo nos enseña el medio de conocer los falsos profetas.* "Por sus frutos los conoceréis; ¡por ventura cogen uvas de los espinos ó higos de los abrojos? Así todo árbol bueno lleva buenos frutos, y el mal árbol lleva malos frutos; no puede árbol bueno llevar frutos malos, ni el árbol malo llevar frutos buenos.... No están todos en estado de conocer el artificio que reina en los discursos y en los escritos de los falsos profetas; por otra parte, no pueden los pastores notar y especificar todos los libros malos, ni todos los falsos doctores; cuando lo hacen no hay peligro de engaño. Quien no obedece entonces á los profetas, no corre riesgo de ser engañado, lo está ya.... Pero cómo se han de distinguir los falsos profetas que están escondidos aun y enmascarados? Quien tiene el corazón recto encuentra un medio facilísimo.... Se conoce el árbol por sus frutos. Considerése el fruto de su doctrina, donde van á parar sus discursos; si las palabras afectadas, si un semblante de piedad y una continua dirección tienen por fin el libertinaje, la corrupción, el interés y la avaricia, una vida dedicada y sensual; si un espíritu de reforma, un lenguaje de la mas pura caridad, un celo austero

y riguroso conducen á la independencia y al desprecio de los legítimos pastores, ó si por el contrario, máximas cómodas, reglas fáciles hacen caminar por un camino ancho y espacioso y poco conforme al Evangelio, en que se dejan quietas y pacíficas las pasiones; miralo bien, este es; ya se ha quitado el velo, se le cayó la máscara, está conocido el artificio. En este caso nos engañados solo los que quieren; tales frutos no pueden venir sino de un árbol malo. Al contrario, un cuidado sumo de la pureza, una continua vigilancia sobre nosotros mismos, un trabajo continuo á hacernos violencia y mortificarnos, la humildad de corazón y la sumisión del espíritu á toda legítima autoridad, una caridad real, un celo prudente y benigno, una dulzura inalterable, el silencio en las injurias, la paciencia en las afrentas y contradicciones; estos, estos son frutos nada sospechosos y que no pueden proceder sino de un árbol bueno.

Lo tercero. *Jesucristo nos manifiesta el castigo de los falsos profetas y de sus secuaces.* Tendrán estos la suerte de un árbol malo.... "Todo árbol que no lleve fruto bueno, será cortado y echado al fuego...." Los profetas tienen sus partidarios que los alaban y canonizan; pero Jesucristo los reprueba; son los ídolos de sus discípulos, pero están bajo el anatema de la Iglesia y serán presa del infierno. "¿Qué les servirá el haber turbado la tierra y el haber triunfado de un pueblo ignorante y débil, cuando ellos que habrán sido las cabezas de la rebelión, y todos sus secuaces después de pagar el comun débito de la muerte, arderán en las llamas eternas? ¡Ah! si pensarán estos seriamente en aquel fuego terrible que debe ser la porción de los que mueren fuera de la Iglesia, no triunfarían de los males de esta afligida madre, no la insultarían en sus trabajos, y no abandonarían el tronco sólido é inmóvil de este árbol inmortal, por unirse á las ramas cortadas, áridas y destituidas de jugo. ¡Ah! Digámoslo de una vez claro, estemos atentos, pensemos las consecuencias, guardémosnos de los falsos profetas; nuestro Señor nos ha enseñado á conocerlos y nos los repite aun: "Los conoceréis por sus frutos...."

## PUNTO II.

### ENGAÑOS EN LAS OBRAS.

Se necesita hacer buenas obras. "No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hiere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos...." Reconocer á Jesucristo por Señor y dueño, enviar algunos suspiros hácia el cielo, invocarle algunas veces y pedirle su gracia, no basta; es necesario con esta gracia

poner mano á las obras: no nos abrirán la puerta del cielo los suspiros, los gemidos ociosos ni una estéril invocación; conviene juntar las buenas obras: no nos engañemos sobre la naturaleza de estas obras; muchas parecen buenas á nuestros ojos y á los de los hombres, y no lo son á los ojos de Dios; para que estas sean buenas realmente, deben ser hechas: primero, segun la voluntad de Dios; segundo, por Dios; tercero, en el amor de Dios.

Primero. *Nuestras obras deben ser hechas segun la voluntad de Dios.* Esto es, en la religión que Dios ha dado á los hombres, en el estado que Dios ha destinado á cada uno con las reglas de la obediencia debida á los superiores legítimos. De aquí se sigue que las obras mas santas en sí mismas, las mas penosas, las mas heroicas, si se hacen con perjuicio de las obligaciones de nuestro estado, contra las reglas de la obediencia sin una especial misión, segun nuestro capricho y no segun la voluntad de Dios, serán tantas obras inútiles para el cielo, ó serán malas y no se podrá esperar de ellas algun premio. Al contrario, quien se estrecha exactamente á la voluntad de Dios, aunque haga las cosas mas comunes y escondidas á los ojos de los hombres y á los del amor propio, este entrará en el reino de los cielos y recibirá una recompensa completa. ¡Verdad bien instructiva y consolante!

Segundo. *Debemos hacer nuestras obras por Dios.* "Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre, no hemos echado en tu nombre los demonios y no hemos hecho en tu nombre muchos milagros? Y entonces yo les diré claramente: nunca os conocí...." Predicar, escribir, reprender, corregir las costumbres, convertir los pecadores, hacer obras de caridad y aun milagros, si todo esto se hace por vanidad, por interés, por ambición, por amor propio, todo será perdido para aquellos que no habrán tenido otro motivo en sus operaciones.... Jesucristo les responderá que no los conoce, que no los ha tenido jamás en su servicio, que jamás hicieron cosa alguna por él y que nunca no los ha conocido. Al contrario, reconocerá por suyos aquellos que en lo poco que habrá hecho, habrán tenido sola la mira de agradarlo, de cumplir sus obligaciones, de hacerlo conocer y amar y de procurar su gloria.

Tercero. *Debemos hacer nuestras obras por el amor de Dios y en estado de gracia.* Basta una pasión que se debe en nuestro corazón, una impureza secreta, un amor desordenado, un apego vicioso, un sentimiento de odio, de aversión, de envidia contra el prójimo, una maldiciencia grave, una calumnia, un daño considerable que se debe reparar; en una palabra, basta un solo pecado mortal que no se haya aun perdonado, para corromper y aniquilar todo el bien que por otra parte se pueda hacer, sin que obra alguna pueda contrapesarlo. Todo lo demás lo reputa

rá Jesucristo en su juicio por nada. En medio de todas estas buenas obras que nos deslumbran, discernirá él este pecado y no verá, por decirlo así, otra cosa que este pecado que constituirá nuestro estado de pecador y de réprobo.... Esto supuesto, hagamos capital de las obras hechas en este estado; presentémosnos con ellas á Jesucristo, que esta será la respuesta que él mismo nos asegura que nos dará: "Apartaos de mí vosotros que cometéis la iniquidad...." ¡Ah! ¡cuántos se engañan y se ciegan al presente que en aquel día serán desengañados! ¡Pero ay! será ya tarde: pues desengañémonos ahora; aun tenemos tiempo de corregir nuestro error.

## PUNTO III.

### ENGAÑOS EN LOS CONOCIMIENTOS.

Lo primero. *¿Cuán grande es la necesidad de conocer y de saber la ley de Jesucristo?* "Por tanto, todo aquel que oye estas mis palabras...." Son nada todos los conocimientos si no se hacen servir para la salvación y para la gloria de Dios. Cada uno, segun su estado, debe cultivar las artes y las ciencias; pero si para aquí, si en estas pone toda su satisfacción, toda su felicidad, toda su gloria, y olvida la ciencia de la salud que Jesucristo vino á enseñarnos; ¡oh! ¡y en qué deplorable engaño cae! ¡cuántos se consumen por el estudio y por lucir, que no querrán dar un momento á la meditación de la ley de Dios, á la lección del Evangelio ó de un libro de piedad! ¡Sois ciegos si os gloriáis de vuestras luces estando en las tinieblas! La muerte os quitará todos esos pensamientos frívolos y transitorios, y os hará comprender que la ciencia que habeis despreciado era la única que merecía vuestras atenciones: comprenderéis entonces que el uso que debierais haber hecho del espíritu que Dios os dió, era de estudiar su ley, de meditarla, de profundizar en ella, de ocuparos de ella y de hacer de ella todas vuestras delicias.

Lo segundo. *¿Cuál es la sabiduría del que conoce y practica la ley de Jesucristo?* "Por tanto, todo aquel que oye estas mis palabras y las practica, será comparado á un sabio que fundó su casa sobre la piedra; y cayó la lluvia, crecieron los ríos, los vientos soplaron, y se enfurecieron contra ella, y no cayó porque estaba fundada sobre la piedra...." No basta conocer la ley de Dios; es necesario practicarla: no se trata aquí de uno de aquellos conocimientos de especulación ó de ostentación; se trata de una ciencia práctica. El que escucha al Salvador, el que arregla su vida sobre la doctrina que predicó, es semejante á aquel que fundó su casa sobre la piedra.... Caen las lluvias, la inundan los ríos, soplan los vientos, todo se une para arruinarla; pero porque



está fundada sobre la piedra, sostiene todos los ataques, tolera todas las tempestades y permanece inabable. Tal es la suerte de quien pone en práctica las palabras de Jesucristo. Bien pueden llover sobre él adversidades y desgracias; bien pueden sublevarse y bramarse al rededor de él las pasiones y las persecuciones; bien pueden desencadenarse los demonios y emplear contra él su rabia; pero su fe, su religión, su virtud, son el edificio fundado sobre la piedra, esto es, sobre la práctica constante de las máximas de Jesucristo; y nada lo podrá mover, ni aun la muerte lo echará por tierra, antes servirá para fortificarlo, para consagrarlo y para ponerlo al seguro para siempre de todos los asaltos.

Lo tercero. *¿Cuál es la necesidad del que conoce y no practica la ley de Jesucristo?* “Y todo el que oye estas mis palabras, y no las cumple, será semejante a un hombre necio que edificó su casa sobre la arena, y vino la lluvia, la inundaron los ríos, y soplaron los vientos, y se enfriaron contra ella, y cayó, y fué grande su ruina....” Con que escuchar las palabras de Jesucristo sin aprovecharse de ellas, y oír sus máximas sin practicarlas, es lo mismo que hacerse semejante a un necio que edifica su casa sobre la arena: viene la lluvia, la inundan los torrentes y los vientos soplan; la casa que está sin cimientos cae y no representa otra cosa que ruinas: ¡tristes reliquias! ¡qué pérdida para este infeliz! ¡qué necesidad! ¡Ay! mucho mas grande es mil veces la necesidad y locura del que oye las palabras de Jesucristo, del que conoce su ley y no la cumple ni la practica: sin tener quien lo sostenga, las adversidades con su peso lo oprimen, y sin tener fuerza para resistir, el hervor de las pasiones lo arrastra y los artificios del demonio lo engañan. ¡Oh Dios! ¡cuántas caídas! ¡cuántos pecados! Bien presto pierde la fe y la esperanza, y se aplica solo á sofocar algunos remordimientos que aun le quedan y con que pudiera todavía si los escuchara, salvarse; pero solo le sirven para su tormento y le anuncian su total ruina, porque los combates y los desechara.... ¡Ay de mí! ¡No somos nosotros por ventura semejantes á este insensato? Se nos explica todos los dias la ley de Dios; se nos repiten las palabras de Jesucristo; nos anuncian su voluntad, sus castigos y sus premios; asistimos á las instrucciones, las oímos; y con todo eso, salimos tan frios como si no nos tocara lo que se ha dicho.... Ocupados en mil frívolos objetos, nos agitamos, trabajamos y edificamos sobre la arena. ¡Insensatos! la muerte destruirá todos estos vanos edificios que se alzaron con tan grande costo, y no quedará otra cosa que la vergüenza de haber sido engañados y el dolor de no poder ya remediar la falta.

## PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh deplorable miseria! ¡cuándo comenzaré á

ser sabio y á fabricar sobre la piedra mas sólida! ¡Ay de mí! ¡soy ciertamente miserable! Conozco, Dios mio, vuestra ley, la adoro, consiento á ella, propongo y os prometo practicarla; pero en el momento de la accion, en el instante de la práctica, escucho mi pasion, satisfo mi inclinacion, me olvido de mis resoluciones y quebranto mis promesas. ¿Qué me direis, oh Jesús mio! cuando seré presentado á vuestro juicio? ¿cuál será mi suerte? ¿será aquella del árbol estéril que no ha producido algun fruto, ó si ha producido alguno ha sido malo? Vos, pues, tendreis derecho de desecharme, como cargado solo de obras de iniquidad. ¡Ah! ¡y cómo es cierto que toda mi vida está llena y tejida de ellas! ¿Qué será, pues, de mí, oh divino Salvador! si vos no teneis piedad de mí? ¡Oh! iluminad mi espíritu, cautivad mi corazón, para que verdaderamente contrito, repare mis desórdenes, y para que desengañado de mis falsas virtudes, comience á practicar las verdaderas, aquellas que serán reconocidas por vos en la eternidad. Amen.

## MEDITACION LX.

## FIN DEL DISCURSO DE JESUCRISTO EN EL MONTE. ADMIRACION DE LAS TURBAS.

San Mat., c. VII, v. 28, 29.

Esta admiracion tiene por objeto: lo primero, la doctrina que Jesucristo enseña; lo segundo, la autoridad con que enseña, y lo tercero, la manera con que enseña.

## PUNTO I.

## ADMIRACION DE LA DOCTRINA DE JESUCRISTO.

“Y sucedió que habiendo Jesús acabado de hablar, las turbas se admiraban de su doctrina....” El primer objeto de la admiracion de este pueblo, fué la doctrina de Jesucristo: admírmola tambien nosotros para seguirla siempre con mayor empeño.

Lo primero. *Doctrina perfecta:* por que regula y hace perfecto todo hombre.... Y primeramente, respecto de sí mismo, le enseña á despreciar y á echar de sí todo aquello que puede desanimarlo y corromperlo. Forma un hombre verdadero, sólido, constante, generoso, casto y desinteresado.... Respecto al prójimo, lo hace dulce, modesto, humilde, sumiso, sociable, compasivo, benéfico, afable, generoso y sincero. Finalmente, respecto á Dios, lo une á él con un amor filial, con la mas tierna confianza, con el deseo continuo de agradarle y de hacer su voluntad.

Lo segundo. *Doctrina perfecta:* porque ilumina todo el hombre.... No solo le enseña todas sus obligaciones, sino que tambien le hace conocer la nobleza de su origen, que es Dios mismo su Criador. La miseria de su caída, y consiguientemente su corrupcion, su natural debilidad, y su esclavitud bajo el imperio del demonio, las ventajas de la redencion, su fin y su glorioso destino.

Lo tercero. *Doctrina perfecta:* porque fortifica todo el hombre, afirmando la ligereza de su espíritu con las reglas inmutables de la fe, animando su corazón con motivos proporcionados á su estado y á sus necesidades; motivos de temor, pero de un temor capaz de arrestar el curso de las mas fuertes pasiones, y de apagar todo su fuego con la idea de un mal terrible que no se puede pensar sin horrorizarse: motivos de esperanza, y de una esperanza capaz de hacernos emprenderlo todo y sufrirlo todo con la idea de una felicidad infinita y eterna, cuya posesion nos está prometida y asegurada si somos fieles. Motivos de amor, y de un amor ardiente y generoso, bastante á sostenernos en cualquiera ocasion, porque otra cosa no es que Dios mismo el objeto de este amor; un Dios criador, infinito en todo género de perfecciones; un Dios salvador, hecho como uno de nosotros, para hacerse nuestra cabeza y darnos ejemplo; un Dios santificador, que espere la caridad en nuestros corazones, nos sostiene y nos anima con la fuerza interior de su gracia. ¡Oh doctrina celestial! ¡quién podrá no admiraros? ¿quién podrá no amaros? ¿qué cosa es la doctrina de los hombres, de los filósofos, de los impíos en comparacion de esta? Doctrina monstruosa, que deja al hombre en su debilidad, lo abandona á sí mismo y sin algun socorro; que deja al hombre en sus tinieblas, sin enseñarle á dónde va ni para qué fin ha sido puesto en este mundo; que deja al hombre en su total corrupcion, y mayormente lo sepulta en ella, lo hace audaz para cometer toda suerte de delitos, de pecados, de infamias: lo debilita y lo degrada aun mas abajo de la condicion de bestia, y doctrina detestable que solo puede hallar secuaces entre hombres perversos, disolutos, sin pudor ó hipócritas de profesion....

## PUNTO II.

## ADMIRACION DE LA AUTORIDAD CON QUE ENSEÑA.

“Porque los enseñaba como quien tiene autoridad....” El segundo objeto de la admiracion del pueblo fué la autoridad con que enseñaba. Lo primero. *Autoridad de Jesucristo incontestable.* Ella está fundada sobre títulos divinos. “Yo os mando.... Y ya os he dicho.... Pe-

ro yo os digo.... etc.” Autoridad de mediador entre Dios y el mundo, á quien deben unirse todos los hombres. “Sois bienaventurados cuando los hombres os maldecirán.... Y dirán de vosotros falsamente todo mal por causa mia.... Pedid y se os dará.... etc.” Autoridad de Hijo de Dios.... “Aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, este entrará en el reino de los cielos....” Autoridad de Juez soberano de todos los hombres. “Muchos me dirán en aquel dia, etc. Y entonces yo protestaré á ellos que jamás los he conocido: retiraos de mí....”

Lo segundo. *Autoridad inimitable.* Ningun hombre ha hablado jamás sobre la tierra con una autoridad como la de Jesucristo; ni aquellos que Dios ha enviado á instruir á los hombres como Moisés, ni aquellos que han comparecido para engañar á los hombres, como tantos seductores que han formado diferentes sectas. Ninguno de estos, no obstante el gran deseo que han tenido de hacerse crédito, ha sido tan atrevido que se haya usurpado títulos tan gloriosos, que al fin no hubieran podido sostener, y que antes hubieran contribuido á destruir que á establecer su autoridad. Si en el curso de los siglos se ha visto en cualquier fanático atreverse á imitar algunos rasgos de este divino lenguaje, se vió disiparse con ellos y aun antes su extravagancia.... Vos solo, oh Jesús mio! habeis podido tomar estos divinos títulos y sostener su gloria. Vuestra religion, fundada sobre ellos, ha resistido á la discusion de los filósofos y á la persecucion de los tiranos; bajo de esos títulos os rindo mis obsequios, me llevo á vos, escucho solo vuestras palabras y quiero conformarme en todo á vuestra santa ley.

Lo tercero. *Autoridad incompromisible.* ¿Y quién son aquellos que en nuestros dias osaron sublevarse contra vos, oh Jesús! y contradecir á vuestra doctrina? ¿de dónde vienen estos? ¿cuáles son sus títulos? ¿cuál es su autoridad? Ni comparecen siquiera, ni se atreven á manifestar su nombre. ¿Y serán estos los doctores que he de escuchar? ¿y me fiaré de ellos? ¿es posible, oh luz divina! que tengamos corazón para abandonaros á vos por seguir maestros tan oscuros y tan despreciables, sin nombre, sin autoridad y vagamundos?

## PUNTO III.

## ADMIRACION DE LA MANERA CON QUE JESUCRISTO ENSEÑA.

“Porque él los instruía.... No como sus escribas y fariseos....” Su manera de enseñar era: Lo primero. *Simple y popular,* sin ornamentos estudiados, sin elocuencia afectada, sin fasto, sin orgullo. Hacía sensible é inteligible todo



aquello que decía y lo acomodaba á la capacidad de todo el mundo.

Lo segundo. *Era noble y afectuosa*, llena de majestad y de sentimientos....

Lo tercero. *Era clara y precisa*: sin rodeos, sin equívocos, sin disputas, sin controversias.... Sobre este modelo se formaron los apóstoles y se deben formar también los predicadores del Evangelio: no enseñaban así los escribas y fariseos.... Fuera de que no podían anunciar una doctrina tan sublime, ni hablar con la misma autoridad; no se explicaban con aquella nobleza, con aquella simplicidad, con aquella claridad, con aquella elevación de sentimientos, con aquella unión divina que hacían amar en Jesucristo al predicador que enseñaba y la virtud que persuadía; no se veía otra cosa en sus discursos que debilidad en el razonar, incertezas y variación en la doctrina y afectación y vanidad en el lenguaje; y este es justamente lo que se halla también ahora en los escritos de los herejes y de los impíos: un lenguaje florido y elegante hace todo su precio; del resto solo se hallan sofismas, falsas razonamientos, disimulacion, equívocos, insinuaciones artificiosas, sátiras amargas y motes indecentes; el fruto, pues, de su locucion es inquietud en el alma, indecision en el espíritu, alejamiento de Dios, disgusto á la virtud, aversion al bien y desprecio práctico de toda suerte de obligaciones.

## PETICION Y COLOQUIO.

¡Ah! alejad de mí, ¡oh Señor! estos hombres peligrosos, estos libros sediciosos y engañadores que halagan y lisonjean los oídos solo para romper el espíritu y el corazón. No escucharé jamás á estos hombres frívolos, no leeré jamás sus obras perversas. Haced que en adelante guste solo de vuestra santa palabra y de los maestros que me la expliquen, con aquella autoridad que viene de vos y que solo puede darla vuestra Iglesia: á este enseñamiento divino, simple, preciso, seguro é invariable, someto, ¡oh Dios mío! mi espíritu y mi corazón, y con el socorro de vuestra gracia estoy resuelto á uniformar á él toda mi conducta. Amen.



## MEDITACION LXI.

## SANA JESUCRISTO UN LEPROSO.

S. Mat., c. VIII, v. 1, 4—  
S. Marc., c. I, v. 40, 45.  
—S. Luc., c. V, v. 12, 16.

Meditemos lo primero el estado de este leproso; segundo, su conducta; tercero, lo sana Jesucristo; cuarto, lo que se sigue á este milagro: todas estas cuatro circunstancias se merecen nuestra consideracion.

## PUNTO I.

## ESTADO DEL LEPROSO.

“Y habiendo bajado del monte, lo siguieron muchas turbas.... y vino á él un leproso....” Ninguna cosa representa mejor el estado del pecado, que el estado de la lepra. En la enfermedad de este infeliz podemos reconocer la de nuestra alma.

Lo primero. *La lepra es un mal horrible en sí mismo*. El miserable de quien hablamos, estaba todo cubierto: causaba horror á todo el mundo y se lo causaba á sí mismo, de suerte que no se podía sufrir. Siendo todo pecado una mancha del alma, debo reconocer que estoy del todo cubierto, porque mi vida es una cadena de pecados. ¡Oh! ¡qué cosa sería yo á mis ojos si pudiese ver las inmundicias que desfiguran mi alma! ¡Qué cosa sería á los ojos de los hombres si las pudiesen conocer! ¿y que seré á los ojos de Dios que las está viendo y conoce toda su deformidad? ¿y me quedará siempre en este estado, sin recurrir al médico que me cure?

Lo segundo. *La lepra era un mal contagioso para los otros*; pero lo es aun mas el pecado. Este se comunica por los ojos, por las palabras, por las acciones y por los ejemplos, sin hablar aquí de aquellos pecados enormes que deshonran la razon y son tan comunes en el mundo: ¿pensamos nosotros acaso, que nuestra disipacion, nuestra inmodestia, nuestra inmortalizacion, nuestra irregularidad, nuestras impaciencias, nuestras quejas, nuestras antipatias, nuestras aversiones, nuestras murmuraciones, nuestros apodos, nuestras sátiras y nuestra critica nada tienen de contagioso para los prójimos.

Lo tercero. *La lepra es un mal menos funesto que el pecado en su contagio*. Lo primero, porque el leproso comunicando su mal á los otros, no aumenta el suyo propio; y por el pecado, todos los que ocasionamos en otros, son tantas seriedades que de nuevo esen sobre nosotros. Segundo, porque el leproso, no aumenta su mal comunicando con otros leprosos, y por el pecado,

aunque ya estamos manchados, se aumenta cada dia mas nuestro mal, comunicando con las inmundicias de los otros. ¡Ay de mí! ¿cuántos pecados nos comunican los otros, sin aquellos que nacen del fondo de nuestro corazón y sin aquellos que comunicamos nosotros! Llenos de confusion confesemos delante del Señor que son innumerables todos estos diferentes pecados, por los que nuestra alma se halla en el estado mas peligroso, si el médico celestial no se mueve á compasion.

Lo cuarto. *La lepra era un mal humillante para él que la padecía, porque era excluido de todo comercio con los demás hombres*. No era licito á un leproso habitar ó entrar en la ciudad y estaba prohibido á todos el tocarlo: obligado á andar errante por las campañas, huyendo de él todo el mundo, apenas encontraba de qué sustentarse y era necesario arrojarse desde lejos lo que se le queria dar por caridad.

¡Ah! si me hubieran de hacer á mi justicia, ¿no debería yo ser tratado también de este modo? ¿No debería ser echado y arrojado de la sociedad de los hombres, como contagioso, despreciado y aborrecido de todo el mundo? ¡Ah! bien conozco que con mi mala conducta he obligado á tantos hombres justos y virtuosos á separarse de mí. Mis sentimientos sobre la religion, mis discursos contra el pudor y la caridad, mi indole altiva, extravagante y colérica, mi manera de vivir mundana y disipada, y otros mil vicios de que soy esclavo. ¡Ah! bien conozco que alejan cada dia las almas timoratas de tener comunicacion conmigo.

## PUNTO II.

## LA CONDUCTA DEL LEPROSO.

“Y he aquí, que viniendo un leproso lo adoraba.... Y puesto de rodillas le dijo.... Señor, si quieres, me puedes limpiar....”

Examinemos menudamente estas circunstancias. Primera. *El leproso vivió á Jesús*. En esto precisamente no consiste su mérito; fué un efecto de la bondad del Salvador, que con ofrecerse á la vista de aquel infeliz lo previno: su mérito consistió en considerar en Jesucristo aquel que por una multitud de curaciones venia anunciado por el Mesías y por el Hijo de Dios; consistió en creer y esperar en él y en comprender la felicidad que conseguiria con solo poder acercarse á él. Nosotros tenemos esta dicha; ¿pero cómo la comprendemos y cómo nos aprovechamos? Jesús nos previene con miradas, con los rayos de su divina luz, con vivas inspiraciones y por medio del santo deseo de dárseles se nos ofrece. ¡Ah! no apartemos los ojos de él para no verlo. El es nuestro médico y nuestro Salvador: no pongamos la vista en otros objetos; él solo y ningún otro nos puede salvar, purificar y hacer felices.

Segunda. *El leproso va á Jesús*. Apenas lo vió, se fué á él. ¿Qué pensamientos tenemos nosotros de ir á Jesucristo, de visitarlo, de estar con él en sus templos y de recibirlo en su Sacramento? ¿de llamarlo en nuestra ayuda en las tentaciones? ¿Qué cuidado tenemos de recurrir á sus ministros, á quienes ha confiado su omnipotencia para sanarnos? ¡Ay de mí! en vez de ir á buscarlos, huimos de ellos, ó por lo menos vamos dilatando de dia en dia el recurrir á su ministerio. En vez de ir á Jesucristo, andamos por todos aquellos lugares por donde sabemos bien que no le encontraremos.

Tercera. *El leproso adora á Jesucristo*. Acercándose al Salvador, se postró y puso de rodillas delante de él para adorarlo.... ¿Cómo estamos nosotros en la presencia de Jesucristo en sus templos, delante de su tabernáculo, ó cuando privadamente oramos y lo aplicamos? ¿pensamos que estamos en la presencia de nuestro Dios, de aquel de quien solo podemos y debemos esperar nuestra salvacion?

Cuarta. *El leproso suplica á Jesús*. “Y poniéndose de rodillas, dijo: Señor, si quieres, me puedes limpiar....” ¡Breve pero ferrozosa palabra! ¡cuántos sentimientos en estas pocas palabras! ¡qué fe en la presencia del Salvador! ¡qué confianza en su bondad! ¡qué humildad! ¡qué sumisión á su santísima voluntad! Se reconoce indigno de la gracia que pide la espera de la pura liberalidad de Jesucristo, cree que puede concederla, que le basta solo quererla y espera que lo querrá.... ¿Por qué no oramos nosotros así para obtener la pureza de nuestra alma, principalmente en las tentaciones que padecemos? Después de estas pocas palabras, el leproso, siempre postrado á los pies de Jesucristo, esperaba la decision de su suerte. ¡Oh! ¡qué sentimientos se excitarían entre tanto en su corazón! Sentimientos de un dulce gozo, ocasionado de la firme esperanza de quedar sano y de verse bien presto purificado de su mal; sentimientos de un tierno amor de aquel Señor de quien esperaba su salud con una resolucion firme de no separarse jamás de él y de servirlo; sentimientos de temor á vista de su indignidad, como regularmente se experimenta cuando se espera una gracia grande que no se merece; pero la bondad de Jesucristo no le hizo esperar mucho tiempo.

## PUNTO III.

## SANA EL SEÑOR AL LEPROSO.

“Y Jesús movido á compasion.... extendió su mano, y tocándole le dijo: Quiero, está sano; y repentinamente desapareció de él la lepra....” Observemos aquí en Jesucristo sus sentimientos, su accion, sus palabras y el milagro que obra.



Lo primero. *Los sentimientos de Jesucristo.* El sentimiento de Jesús a la vista del leproso no fué de horror, de desprecio ni de extrañeza, sino de la mas tierna compasion. ¡Ah! aprendamos á conocer á Jesucristo confusos y turbados por nuestras miserias, temblamos algunas veces de ir á él, porque sabemos que es santo y que es justo; pues sabemos aun mucho mas, y es, que es tierno, que es compasivo y que inspira los mismos sentimientos á sus ministros, cuando ven un penitente que da pruebas de un verdadero dolor de sus pecados y de un verdadero deseo de ser purificado de ellos. Vamos, pues, y enderecémonos á ellos llenos de confianza en las misericordias de nuestro Dios.

Lo segundo. *La acción de Jesucristo.* “Extendió su mano, y tocó al leproso...” ¡Oh mano poderosa! ¡oh tocamiento saludable! ¡qué impresionante hiéste sobre este miserable suplicante! Se llenaron de júbilo sus carnes y su corazón. ¿No era bastante, ¡oh Señor! el sanarlo? ¿era necesario tambien que vuestra sagrada mano tocara una carne inficionada de la lepra, que ni aun se podía ver sin horror? ¡Oh, y cuán grande es vuestra bondad, oh Dios mio! Ella os empeña aun ahora á venir á nosotros, aunque miserables, no solo para tocarnos, sino tambien para unirnos á vos y servirnos de alimento.

Lo tercero. *Las palabras de Jesucristo.* —“Jesús tocándolo, le dijo: *Seas sano...*” Nuestra salvacion es cierta luego que queramos y hagamos de nuestra parte todo aquello que Dios nos pide, porque estamos ciertos de parte de Jesucristo de su voluntad, porque su voluntad es omnipotente y porque no poniendo nosotros obstáculo, obtiene siempre su efecto. Seremos, pues, infinitamente culpables si lejos de aprovecharnos de estas disposiciones de nuestro divino Salvador para sanarnos, limpiarnos, santificarnos y salvarnos, abusamos de ellas resistiendo ó dilatándolo.

Lo cuarto. *El milagro que obra Jesucristo.* Al pronunciar solo esta palabra: *Lo quiero, sé sano,* desapareció la lepra; aquel que se habia posturado leproso, se levantó puro y limpio, sin mancha y tan sano como si jamás hubiera tenido la lepra. Tambien nosotros quedaríamos purificados de este modo de nuestro orgullo, de nuestro apego á los bienes de la tierra y á los placeres del mundo, de nuestra inmortalidad, de nuestras impaciencias; en una palabra, de la lepra de nuestros pecados, si con humildad y confianza nos encañináramos á Jesucristo, si le suplicáramos y pidiéramos que nos mirase, que tuviese compasion de nosotros, que nos tocara y que nos hablase.

## PUNTO IV.

DE LO QUE ACAECIÓ DESPUÉS DE SANAR AL LEPROSO.

“Y le mandó que no lo dijese á alguno.... Y le dice: guardate de decirlo á nadie, mas vé, y preséntate al príncipe de los sacerdotes, y ofrece por tu limpieza lo que mandó Moisés en testimonio para ellos.... Pero él luego que salíó empezó á publicar, y á divulgar el hecho.... Y mucho mas se extendia su fama, de suerte que no podía entrar descubiertamente en la ciudad, sino que estaba fuera en lugares solitarios, é iban de todas partes á buscarlo.... Y se juntaban muchas turbas para oírlo, y para que los sanase de sus enfermedades, mas él se retiraba al desierto á orar.” Jesucristo nos da aquí un maravilloso ejemplo de su obediencia y subordinacion á la ley, de su modestia en huir sus alabanzas, de su retiro, de su oracion, de su caridad y de su celo.

Lo primero. *Obediencia y subordinacion de Jesucristo á la ley.* El leproso queria seguir á su bienhechor y no abandonarlo jamás; pero Jesús no se lo permitió, antes le habló en tono severo, le amenazó, y le obligó á retirarse para ir á presentarse al sacerdote que por órden del mismo sacerdote, y en su lugar, estaba encargado de verificar la sanidad de los leprosos y de restituirlos á la sociedad civil. Le mandó tambien que hiciera la oferta que prescribía la ley, para que sirviera de testimonio á los sacerdotes y á todo el pueblo de que la sanidad era perfecta.

Lo segundo. *Modestia de Jesucristo y su atencion á huir las alabanzas.* Le prohibió que dijese á alguno de quién ni cómo habia sido curado de la lepra.... Pero el leproso obligado á obedecer á la órden de retirarse, no se creyó igualmente obligado á la de callar; manifestó su reconocimiento, publicando por todas partes el milagro, y este hecho hizo tanto ruido, que Jesús por aquel tiempo no se dejaba ver en la ciudad por evitar los aplausos y aclamaciones de una gran tropa de admiradores.—El Salvador no temia la ostentacion, pero queria darnos un ejemplo de aquella humildad que no puede ver por un momento las honras que se le dan y esconde con diligencia el bien que hace por la gracia de Dios.

Lo tercero. *Retiro de Jesucristo y su oracion.* Los pueblos venian de todas partes para recibir las instrucciones y la sanidad de sus males; pero Jesús no se rindió á sus deseos y se retiró á la soledad para atender allí á la oracion. Los superiores y los pastores traen muchas mas veces las gracias necesarias á sus súbditos y á sus rebaños por medio de la oracion que por el de sus discursos; y dónde se puede orar mejor y con mayor fruto que en el silencio y en el retiro?

Lo cuarto. *Caridad y celo de Jesucristo.* Cuando el pastor deja su pueblo por atender á

la oracion, el pueblo ni se escandaliza ni se desanima, antes recurre á él con mayor confianza y con mayor diligencia.—Por mas profunda que fuese la soledad donde se retiró el Salvador, el pueblo se fué á encontrarlo; y Jesús, que habia pasado la noche en oracion, empleó el dia en la instruccion y en sanar enfermos: de este modo empleó Jesucristo toda su vida por nosotros y proveyó á todas nuestras necesidades. Instruís igualmente con sus discursos y con sus ejemplos.

## PETICION Y COLOQUIO.

¡Oh Dios mio! mi alma está desfigurada de una lepra mucho mas horrible que la del leproso del Evangelio. Señor, si queréis, me podéis sanar. Extended, pues, vuestra mano poderosa y saludable, tocad mi corazón y haced que no os resista ya mas, haced sentir á mi alma aquellas palabras llenas de consuelo: *Lo quiero, sé sano.* Amen.

## MEDITACION LXII.

SANA JESUCRISTO AL CRIADO DEL CENTURION.

San Mat., c. VIII, v. 5, 13.

Meditemos lo primero, las palabras del centurion; lo segundo, las palabras de Jesucristo á los circunstantes, y lo tercero, las palabras de Jesucristo al centurion.

## PUNTO I.

PALABRAS DEL CENTURION Á JESUCRISTO.

Estas palabras están llenas de caridad, de confianza, de humildad y de fe.

Lo primero. *Llenas de caridad.* “Y habiendo entrado Jesús en Cafarnaum, salió á encontrarlo un centurion, rogándole, y diciendo: Señor, mi muchacho está paralizado, y es malamente atormentado....” Jesús después de su retiro, entró en Cafarnaum, y un centurion, esto es, un oficial romano que mandaba una compañía de cien hombres, vino á implorar su socorro: lo hizo con aquella simplicidad y franqueza ordinaria que las personas militares tienen en puntos de religion y de fe, y con aquella nobleza y naturalidad que se gana el corazón de los hombres y aseguran para con Dios el éxito de su suplica. La caridad animaba su peticion; no pedía para sí, sino para su criado, que estaba en cama con una parálisis que lo atormentaba. Tenemos nosotros la misma caridad para con nuestros criados, para con nuestros hermanos y para con nuestros inferiores: ¡Ah! tengámosla á lo menos para con

nuestra alma. ¡Oh, cuánto tiempo ha que ella está como paralizada, y sin movimiento para las cosas del cielo y para las otras buenas, mientras está buena, viva y ardiente para las cosas de la tierra!

Lo segundo. *Palabras del centurion llenas de confianza en la bondad de Jesucristo.* Nada le pide; se contenta con exponer el estado del enfermo, y esto basta para el corazón de Jesús. Representémosle con la misma confianza nosotros las enfermedades de nuestra alma, sus llagas, su flaqueza, sus pecados y su tibieza, que él la sanará.

Lo tercero. *Palabras del centurion llenas de humildad.* “Y Jesús le dijo: yo iré y lo sanaré....” Pero el centurion lleno de confusion, respondió diciendo: ¡Ah Señor! no me atrevo á pretender semejante honor; no os pido, no, que váyais á mi casa: “yo no soy digno de que entreis bajo de mi techo; mas di solo una palabra, y mi muchacho será sano....” Palabras admirables, que la Iglesia pone en la boca de sus hijos en el punto de la comunión: digámoslas entonces con los sentimientos del mas profundo respeto á la persona adorable de Jesucristo nuestro Salvador y nuestro Señor.

Lo cuarto. *Palabras del centurion llenas de fe en el poder de Jesús.* Sin salir del lugar en que estáis, ¡oh Señor! prosiguió él, dignos solamente de decir una palabra, que los males mas obstinados os obedecerán y el enfermo será sano; “porque tambien yo soy un hombre subordinado á otro, y tengo bajo de mí soldados; y digo á este, vé, y va, y á otro, ven, y viene; y á mi criado, haz la tal cosa, y la hace....” Se habia formado el centurion una justa idea de la potencia de Jesucristo. Es noble y viva la manera con que manifiesta su pensamiento. ¡Qué profesión de fe para un gentil! Da á entender á Jesucristo, que teniendo un poder soberano, independiente é ilimitado, puede en una manera absoluta y eficaz mandar como dueño y señor á las enfermedades y á toda la naturaleza, y que basta abrir la boca para ser obedecido.... ¿Y no concebiremos jamás nosotros una idea semejante de Jesucristo? ¿Pues por qué nos enderezamos á él siempre con una timidez, con una desconfianza y con una secreta inquietud que nos estrecha el corazón? ¡Ah! esto es porque no conocemos su poder ni su bondad, porque no tenemos fe en él; ni en su confianza en la otra. Aprendamos hoy á conocer á nuestro Salvador: comencemos á creer en él, esto es, á poner en él toda nuestra confianza.

## PUNTO II.

PALABRAS DE JESUCRISTO Á LOS CIRCUNSTANTES.

Estas palabras están llenas de elogios para el



centurion, de consuelo para los gentiles, de terror para los judíos y de amenazas para los malos cristianos.

Lo primero. *Palabras de elogio para el centurion.* "Jesús oídas estas palabras, se maravilló, y dijo á los que lo seguían: en verdad os digo, que no he encontrado una fe tan grande en Israel...." ¿Cuándo daremos nosotros á Jesucristo esta satisfacción de ver y de alabar en nosotros una fe viva y perfecta? ¿Un extranjero tiene mas fe que un israelita! ¿Un hombre empeñado en el mundo, en la profesion de las armas, tiene tal vez mas fe que aquellos que están consagrados al templo y al servicio del altar! Cuanto es mas glorioso para los unos, es de mayor humillacion para los otros semejante contraste. Si estamos retirados del mundo, aprovechémonos de la facilidad de nuestro estado, y no nos dejemos sobrepujar de aquellos que no gozan de las mismas ventajas; reunámonos todos en la caridad por medio de una santa emulacion, y animémoslos los unos á los otros á dar á nuestro Salvador testimonio de nuestra fe y de nuestro amor.

Lo segundo. *Palabras de Jesucristo llenas de consuelo para los gentiles.* "Y os digo, que muchos vendrán de Oriente y de Occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos...." El objeto de la profecía que hace aquí nuestro Señor somos nosotros. Nosotros vemos el dichoso cumplimiento de esta predicción. Nosotros estamos asociados á la fe de estos santos patriarcas; pero lo seremos á su felicidad? ¡Ah! ¡qué desgracia si después de tantos favores venimos por nuestra culpa á ser privados de ella!

Lo tercero. *Palabras de Jesucristo llenas de terror para los judíos.* "Mas los hijos del reino serán arrojados á las tinieblas exteriores: allí será el llanto, y el crujir de dientes...." Los hijos del reino que deben ser arrojados á las tinieblas exteriores, donde serán alimentados de lágrimas, donde será el rechinar de dientes, tormento y desesperacion, son los judíos infieles, que habiendo tenido la dicha de nacer en el seno de la verdadera religion, de estar prevenidos para el Evangelio por medio de la ley y de los profetas, y de ser los primeros llamados y destinados á vivir bajo el imperio de Jesucristo, no lo han conocido y lo han desechado. Nosotros vemos en qué densas y palpables tinieblas vive esta nacion incrédula: no pueden disipar su ceguera ni el cumplimiento de las profecías, ni la vista de todas las naciones reunidas por medio de Jesucristo al culto de un solo Dios. Digamos mas; no pueden ablandar su dureza ni abrir sus ojos un prolongado y vergonzoso destierro, ni un castigo de casi dos mil años. ¿Cuál será, pues, en el infierno el suplicio de estos infelices? ¿cuál su desesperacion al verse desechados de aquel reino de luz, que estaba destinado para ellos, y que será poseído de los paganos y de los idóla-

tras sinceramente convertidos y sustituidos en su lugar?

Lo cuarto. *Palabras de Jesucristo llenas de amenazas para los malos cristianos.* Apliquemos á nosotros mismos estas amenazas de nuestro Salvador; sustituidos nosotros hijos de reino en lugar de los judíos, guardémosnos de perder la fe, las luces, las obras, las recompensas; guardémosnos de perder la fe, dejar pasar á otras manos por nuestra infidelidad la herencia. ¿Qué desesperacion será para los réprobos cuando sean confrontados con los bienaventurados del cielo! Católicos de nacimiento con salvajes nuevamente convertidos; grandes con sus criados y con sus súbditos; ricos y sabios con pobres é ignorantes, sacerdotes y religiosos con legos y seculares. ¡Ah! ¡quién no temblará á solo este pensamiento! Sea, pues, para nosotros este temor motivo de un fervor nuevo y de una vigilancia mas exacta.

## PUNTO III.

PALABRAS DE JESUCRISTO AL CENTURION.

Lo primero. *Estas palabras están llenas de bondad.* Apenas hubo expuesto el centurion el estado de su criado, sin darle tiempo de hablar mas y sin esperar á que le rogase ó le pidiese, le responde el Señor: "Yo iré, y lo sanaré...." ¿Qué bien que se manifiesta aquí la disposicion de Jesucristo para aliviar nuestro males! ¿Y por qué no tenemos nosotros los mismos deseos por la salud de nuestras almas? ¡Oh! ¡y cuán fácil le sería obrarla si se la pidiéramos sinceramente! ¿Cómo podemos desaliacear en el estado peligroso en que se halla nuestra alma, teniendo un Salvador tan amable, tan condescendiente, tan misericordioso y tan solícito para aliviarnos?

Lo segundo. *Palabras de Jesucristo llenas de poder.* "Y dijo Jesús al centurion: vé, y hágase conforme has creído; y en aquella hora el criado sanó...." ¡Oh poder de Jesucristo! vos sois no menos amable que admirable, vos estáis siempre en atencion para eolmarnos de bienes y librarnos de los males.

Lo tercero. *Palabras de Jesucristo llenas de condescendencia.* Si nosotros mostramos deseos de que venga, se ofrece á venir; si queremos que esté quieto, consiente estarse; está siempre contento si puede darnos pruebas de su amor, satisfecho si puede curar nuestras llagas, y enamorado si puede hallar en nosotros una gran fe y la ocasion de recompensarla.

Lo cuarto. *Palabras de Jesucristo llenas de instruccion.* Diciendo al centurion: "hágase conforme has creído," nos enseña que el efecto de nuestra oracion depende de nuestra fe, y que por ella se regula el fruto que sacamos de las

buenas obras, de la frecuencia de Sacramentos y del ejercicio de la religion. Si de todas estas cosas es poco ó ninguno el fruto que sacamos, si experimentamos solo tibieza, disgusto y tedio, apliquemos el remedio donde está el mal, anímemos nuestra fe, obremos segun nuestra fe, y obtendremos á proporcion de su extension, de su eficacia y de su medida.

PETICION Y COLOQUIO.

Creo, ¡oh Salvador mio! como el centurion que con una sola palabra me podeis sanar; decidme, pues, como á él: *Vé, y hágase conforme has creído.* En el momento en que pronuncieis esta palabra de salud, recobraré mis fuerzas, y saliendo de la inaccion á que por la parálisis está reducida mi alma, correré por el camino de vuestros mandamientos. Amen.

## MEDITACION LXIII.

PARTE JESUS PARA EMBARCARSE Y PASAR A LA OTRA PARTE DEL LAGO.

San Mat., c. VIII, v. 18, 22.

"Viendo Jesús las muchas turbas que lo cercaban, manda pasar á la otra ribera del lago...." La vida presente es un viaje; el mundo es un mar famoso por sus naufragios. Consideraremos en este lago de que habla el Evangelio, una figura del camino estrecho de la vida retirada, santa, regular y penitente que deben seguir los verdaderos cristianos y las almas fieles. Ahora pues, ¿y en qué manera se debe emprender el pasaje de este lago figurado y misterioso? Lo primero, con confianza; lo segundo, con valor; lo tercero, sin dilacion. Este es el plan de la meditacion presente.

## PUNTO I.

CON CONFIANZA.

Primeramente. *Debe animar nuestra confianza el dejar una grande multitud en la plaza.* Esta multitud es el mundo; esto es, aquel mundo tantas veces desterrado, condenado y herido con terribles anatemas por Jesucristo; aquel mundo que camina por el camino ancho de los placeres y de las pasiones, y que corre á la perdicion. Esta vida que conduce la multitud de los mundanos, ó encantos ó nos fastidia; si nos agrada estamos en peligro evidente de perder nuestra salvacion, y no serán jamás excesivas todas nuestras precauciones para evitarlo; si al contrario, esta vida tumultuosa nos fastidia y disgusta, ¡ah! renuncié-

mosla de una vez, y tomemos el partido de la piedad, de la devocion, del retiro, de la penitencia y de la santidad; separémosnos desde ahora de la multitud; separémosnos á lo menos con el corazón si queremos ser separados por Dios el dia de su juicio.

Lo segundo. *Debe animar nuestra confianza la compañía escogida que seguiremos.* Jesús es nuestro capitán y nuestra cabeza: ¿qué cosa podemos temer? ¿no es él bastante poderoso para sostenernos, y bastante bueno para quererlos? Unámonos á él sin temor; él mismo nos convida, sus discípulos lo acompañan y caminan con él. ¡Oh qué felicidad será la nuestra el ser de este número! ¿cuántas almas santas lo siguen con fervor! De estas conocemos muchas; ¿y nos contentaremos solo con admirarlas? ¿acaso no podemos nosotros lo que ellas pueden? ¿pues por qué no las imitamos? ¡Ah! anime su ejemplo nuestra confianza y exoite en nosotros una santa emulacion, porque de otra manera serán ellas un dia para nosotros motivo de condenacion.

Lo tercero. *Lo corto del pasaje que hemos de hacer debe animar nuestra confianza.* Esto es breve y debe conducir á un estado que no tendrá fin. Hemos experimentado ya la velocidad con que pasa esta vida, y fuera de esto, por lo comun ella se acaba cuando se creia que aun debia durar mucho tiempo, y la mas larga es en sí misma nada mas que un dia ó un instante; en una palabra, ella tiene un fin y se le sigue una eternidad interminable; de cualquier modo que pasemos nuestra vida, ella se ha de acabar. El voluptuoso y el penitente encuentran igualmente el fin, el uno de sus placeres y el otro de sus penas. Los dos entran igualmente en una eternidad sin fin, para el uno de suplicios y para el otro de bienes. ¡Ah! pensemos seriamente en esta eternidad feliz ó infeliz donde llegaremos bien presto, y hagamos aquella eleccion porque podamos bendecir á Dios eternamente.

## PUNTO II.

CON VALOR.

Lo primero. *Se requiere valor para empezar.* Habiendo Jesucristo ordenado que se preparase lo necesario para pasar el lago "y llegándose un escriba, le dijo: Maestro, yo te seguiré á cualquiera parte que rayas...." De estas palabras se comprende que en este escriba solo habia un buen movimiento, un santo deseo, una bella resolucion, pero no habia comenzado aun. Estaban aun en tierra y Jesucristo no se habia embarcado aun. Ofrecámonos á Jesús con las palabras de este escriba, formemos buenos propósitos, tengamos santas resoluciones, esto va bien; pero reflexionemos que hasta este punto nada hay